

HOMENAJE A LA MARINA DE GUERRA

Por
Manuel QUINTANA Oyarzún
Vicealmirante (R.)

Habían pasado ya cuatro largas horas y sin embargo los ojos de todos los pobladores de Iquique seguían hipnotizados observando la acción que se desarrollaba a corta distancia de la playa.

El sol estaba ya en la mitad de su carrera: eran las 12.10 de ese miércoles 21 de mayo de 1879 cuando llegó a su término la grandiosa tragedia que tuvo como escenario las aguas de Iquique y lo último que se vio y que quedó grabado en las pupilas y en el recuerdo de todos los espectadores, fue el hermoso tricolor de Chile, que lenta, majestuosamente, se retiró para quedar oculto tras las verdes cortinas del mar que en ese instante se cerraron para siempre.

Después reinó el silencio en el aire, en las aguas y en las almas, pues todos sin excepción comprendieron que esa era la única actitud adecuada, el único, el supremo homenaje que se debía tributar a los actores de la grandiosa escena que acababa de terminar.

Tan claros, tan magníficos fueron el mensaje y la lección que los tripulantes de la "Esmeralda" dieron a todos los hombres de honor y corazón bien puesto, que hoy a 91 años de distancia, el Capitán don Arturo Prat, sus compañeros y su barco siguen viviendo en el alma de todos los chilenos, con esa nueva vida más alta que sólo alcanzan los héroes y que con plena razón designamos con el nombre de inmortalidad.

Pero el recuerdo y la veneración de los héroes es sólo una parte del homenaje que con toda justicia se les debe, puesto que la muerte libremente aceptada por un hombre en aras de un ideal superior compromete además la vida y la conciencia de los demás hombres.

En la determinación sublime de Prat y sus compañeros de combatir hasta la muerte hay algo mucho más hondo y más serio que un simple mensaje o una lección: hay un ejemplo; y cuando se habla de ejemplo se está hablando de lo más sagrado que hay en la Tierra, pues se está hablando de la vida de un hombre, de su conciencia moral, de su libre elección frente a un dolor o el peligro supremo de la muerte.

No se puede, pues, decir que se ha captado en su verdadera dimensión la acción heroica de Prat y los tripulantes de la "Esmeralda", mientras no se llega a palpar esa atadura sublime e irrompible que sostenía y comprometía en forma irrevocable su conciencia.

Había en esos hombres algo más fuerte que la muerte; vivían hasta su última consecuencia el compromiso que los ataba no sólo a una consigna o a una ley escrita, sino a una larga tradición vivida que los rodeaba y los alimentaba espiritualmente, como nos rodea y alimenta el aire que respiramos.

En una frase breve —como siempre se han expresado las decisiones definitivas e irrevocables— recordó Prat a la tripulación de su barco la tradición que mantiene a la Marina de Guerra: "Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo".

En estas simples y nobles palabras está engastada la tradición de la Marina de Chile, esto es el alma, el espíritu que le ha dado honra y prestigio en los 152 años de su gloriosa existencia.

Esas palabras tan categóricas: "Nunca...", "Mientras yo viva...", "Si yo muero..." por las circunstancias en que fueron pronunciadas constituyen el testimonio irrecusable del espíritu que ha imperado siempre y en forma unánime en todos los hombres de la Marina de Chile, hasta el día de hoy y desde el primer instante de su existencia.

Esta realidad tan gloriosa y reconfortante porque lleva consigo 152 años de abnegación y sacrificios nos invita en forma indeclinable a peregrinar con todo el fervor de nuestro espíritu de hombres de armas por las sendas que quedaron consagradas para siempre por las heroicas huellas de tantos chilenos que con su vida y con su muerte, crearon esa tradición de nobleza y patriotismo que como la mejor herencia guardan y conservan los hombres de las Fuerzas Armadas.

Detengámonos, pues, un instante para evocar las figuras señeras que se destacan en la historia naval de Chile y para medir y apreciar lo que significan para una nación joven como la nuestra, estos 152 años de actividad que ha desplegado la Marina de Chile, en su noble afán de servir a la Patria.

Siempre ha sido grato para los hombres de las Fuerzas Armadas detenerse a recordar los altos ejemplos que les legaron sus mayores y evocar un largo pasado de esfuerzo y de gloria, en el cual los marinos recibieron el temple que los hizo dignos de la labor que les estaba reservada.

Y empezamos con aquel ya legendario año de 1818, que por tantos títulos se destaca en la ejemplar historia de Chile: La fundación de la Escuela Naval y organización de la Primera Escuadra Nacional que empezó esa larga serie de hechos gloriosos que se inició con la captura de la fragata española "Reina María Isabel", en el puerto de Talcahuano.

Al año siguiente, 1819, los barcos de la Escuadra chilena surcaron arrogantes las aguas del Océano Pacífico, buscando impacientes la hora decisiva que asegurara en forma definitiva la independencia de la América española.

Exasperado el Almirante Cochrane por el vacío interminable que se dilatava delante de las proas de sus intrépidos navíos llevó a buen término, en febrero de 1820, esa hazaña extraordinaria que fue la captura de la plaza, considerada inexpugnable, de Valdivia.

En agosto de ese mismo año —1820— vio el puerto de Valparaíso el espectáculo grandioso e impresionante de la partida de la Expedición Libertadora del Perú, que es sin duda el esfuerzo máximo que haya realizado el pueblo chileno en su dura y esforzada historia.

Por vez primera el Ejército de Chile fue llevado por los barcos de la Marina a territorios muy lejanos, con lo que se probó la capacidad del chileno para arrostrar sin trepidar las más arriesgadas y arduas empresas.

No terminó ese año 1820 sin una nueva hazaña, cual fue la captura de la fragata "Esmeralda" en el puerto mismo de El Callao.

Con esta proeza, realizable sólo por la más aguerrida tripulación del mundo, se confirmó en las almas de los marinos de Chile la convicción de su valer superior.

Consolidada definitivamente su independencia, Chile tuvo que recurrir una vez más a sus fuerzas navales para conjurar el peligro que asomaba por el norte con la formación de la Confederación Perú-Boliviana.

En esa hora decisiva, el país contaba sólo con dos débiles barcos, pero la escasez de elementos navales fue compensada y con creces, por el espíritu y la decisión que animaban a sus tripulantes, quienes al cabo de corto tiempo conquistaron nuevamente para Chile el dominio del Pacífico.

Durante dos años el hermoso tricolor chileno recorrió incansable en los altos mástiles de fragatas, corbetas y bergantines, las largas rutas que se extienden entre Valparaíso y El Callao.

Y no faltó en este conflicto bélico la ocasión gloriosa que confirmó con un nuevo eslabón la irrompible tradición de la Marina de Chile. Esa ocasión fue el combate que se libró el 12 de enero de 1839, en el puerto peruano de Casma, en cuyas aguas los tres barcos chilenos que comandaba el Comandante Simpson, hicieron frente victoriosamente a las fuerzas navales muy superiores de la Confederación.

Veintiséis años más tarde Chile repentinamente se vio envuelto en otro conflicto internacional, en el cual tuvo que hacerle frente a la poderosa escuadra española que se hizo presente en el Pacífico.

En esa época —1865— sólo contaba Chile con dos barcos; pero este desequilibrio de fuerzas no fue obstáculo para que uno de ellos, la corbeta "Esmeralda", al mando del Comandante Williams Rebolledo, atacara y capturara, en arriesgada operación, a la goleta española "Covadonga", frente a Papudo el 26 de noviembre de 1865.

En 1879, Chile se encontró en la más peligrosa situación bélica que registra su historia: la suerte de las armas se mantuvo indecisa hasta el 21 de mayo de ese año, día en el cual se decidió la contienda a favor de Chile, por el heroísmo de nuestros marinos, quienes con elementos menguados torcieron literalmente el curso de la guerra, del destino y de la historia.

Entre las muchas y muy brillantes constelaciones que fulguran en el glorioso firmamento de la historia naval de Chile, Iquique y Punta Gruesa resplandecen como soles deslumbrantes y a ello se debe que los ojos y las almas de los chilenos no se cansen de contemplarlos y que espontáneamente hayan concentrado en ellos la expresión de su admiración y su gratitud por las incontables proezas que ha protagonizado la Marina de Chile.

El 8 de octubre de ese mismo año —1879—, alcanzó la escuadra chilena su objetivo primordial e indispensable: el dominio del Pacífico.

Con la captura del "Huáscar" en Angamos, abrieron los marinos la ruta de la victoria y de la paz definitiva, la que como en ocasiones anteriores, tenía que conseguirla lejos de Chile y fuera de sus territorios.

Incompleta resultaría una reseña de la vida y los hechos de la Marina de Chile si se redujera únicamente a presentar su figura tal como aparece en sus horas de batallas.

Las Fuerzas Armadas no son agrupaciones esporádicas para actuar sólo en ocasiones de crisis internacionales y para disolverse tan pronto como éstas llegan a su término. ¡No! Para honra y provecho de la Patria, sus Fuerzas Armadas son instituciones permanentes y fundamentales en la organización y en la vida del país y por eso es que se exige a los hombres que las forman no sólo preparación profesional, sino también y sobre todo, algo mucho más alto y más difícil como es ese compromiso que ata su conciencia moral en forma directa y estrechísima al servicio y a los intereses supremos de la Patria.

A los hombres de la Marina de Guerra les incumbe la pesada y vastísima tarea de mantener expedito y bajo su efectivo dominio el Pacífico del sur que es la porción más extensa y más valiosa dentro de las posesiones de Chile y que es al mismo tiempo su principal vía de comunicación.

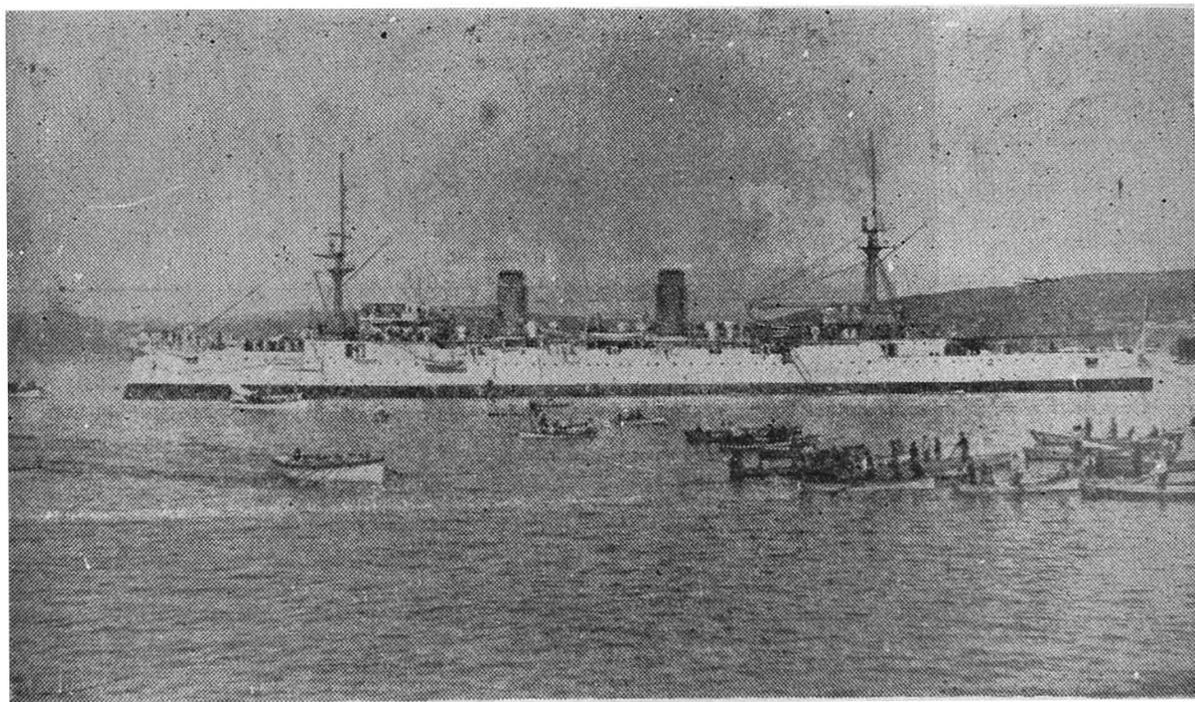
Todos los habitantes de las costas de Chile ven las aguas del Océano y los muchos barcos que por ellas transitan; pero nadie ve la continua e importante tarea que día y noche, sin reposo, realizan los marinos con el fin de asegurar la paz, el trabajo y el merecido reposo de todos los habitantes de esta tierra.

La grandeza de la misión de una institución y de cada uno de sus miembros se mide por la amplitud del servicio que prestan a la comunidad para la cual trabajan.

Si nos detenemos un instante a meditar esta gran verdad, tomaremos inmediatamente conciencia de la importancia y del rango que les corresponde a las Fuerzas Armadas, ya que su misión y los servicios que prestan a la comunidad entera no conocen límites ni en el tiempo ni en el espacio.

A esta noble misión fuimos llamados los hombres de la Marina de Guerra y al celebrar hoy los 152 años de vida de ésta

nuestra Institución, no podemos dejar de sentir muy honda satisfacción al comprobar que el espíritu que animó ayer a nuestros ilustres antepasados, se ha transmitido vivo y vigoroso de generación en generación, en tal forma que los que, impulsados por auténtica vocación, ingresan hoy al servicio naval empiezan de inmediato a sentir que en su espíritu palpita una fuerza que impulsa a todos los hombres de la Marina de Guerra a esforzarse por alcanzar la estatura moral a que llegaron los marinos de todas las generaciones que nos precedieron, quienes escribieron con su espada y con su sangre las páginas tan bellas, tan austeras de nuestra gloriosa Historia Naval.



Antiguo crucero "Esmeralda", pintado de blanco y chimeneas amarillas para el Centenario de la Independencia de Chile, en 1910.